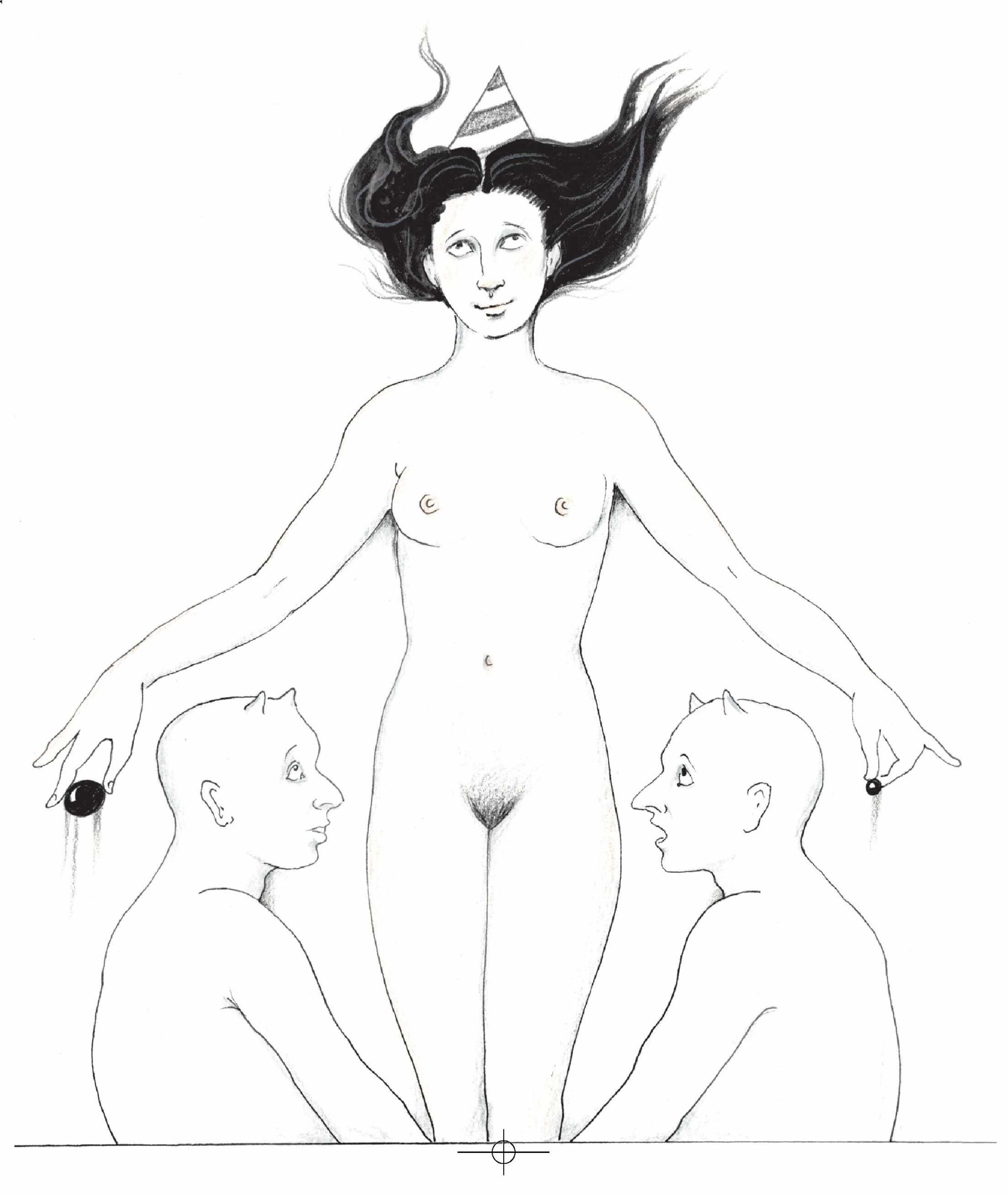


–Esta noche tengo que ir a cenar y a dormir fuera, y por ello cerraré bien la puerta de la calle y la de mitad de la escalera y la de la alcoba, y cuando quieras acuéstate.
–En buena hora –repuso la mujer.
Y cuando tuvo tiempo se fue a la abertura e hizo el signo usado, el cual, al sentirlo Filippo de inmediato vino allí; la mujer le dijo lo que había hecho por la mañana y lo que el marido le había dicho después de comer, y luego dijo:
–Estoy segura de que no saldrá de casa sino que se pondrá de guardia a la puerta, y por ello encuentra el modo de venir esta noche aquí por el tejado, de manera que estemos juntos.
El joven, muy contento de esto, dijo:
–Señora, dejadme hacer.
Venida la noche, el celoso con sus armas se ocultó silenciosamente en una alcoba del piso bajo. Y la mujer, habiendo hecho cerrar todas las puertas y máximamente la de mitad de la escalera para que el celoso no pudiera subir, cuando le pareció oportuno el joven por un camino muy cauto por su lado se vino, y se fueron a la cama, dándose el uno al otro satisfacción y buenos ratos; y venido el día, el joven se volvió a su casa.
El celoso, doliente y sin cenar, muriéndose de frío, casi toda la noche estuvo con sus armas junto a la puerta esperando que llegase el cura; y acercándose el día, no pudiendo velar más, en la alcoba del piso bajo se durmió. Luego, cerca de tercia levantándose, estando ya abierta la puerta de la casa, fingiendo venir de fuera, subió a su casa y almorzó. Y poco después, mandando un muchachito a guisa del monaguillo del cura que la había confesado, le preguntó si quien ella sabía había vuelto allí. La mujer, que muy bien conoció al mensajero, repuso que no había venido aquella noche y que, si así hacia, podría írsele de la cabeza por más que ella no querría que de la cabeza se le fuese. ¿Qué debo deciros ahora? El celoso estuvo muchas noches queriendo coger el cura a la entrada, y la mujer continuamente con su amante pasándoselo bien. Al final el celoso, que más no podía aguantar, con airado rostro preguntó a la mujer qué le había dicho al cura la mañana que se había confesado. La mujer repuso que no quería decírselo porque no era cosa honesta ni conveniente. El celoso le dijo:
–Mala mujer, a pesar tuyo sé lo que le dijiste, y tengo que saber quién es el cura de quién estás tan enamorada y que contigo se acuesta todas las noches por sus ensalmos, o te cortaré las venas.
La mujer dijo que no era verdad que estuviera enamorada de un cura.
–¿Cómo? –dijo el celoso–. ¿No le dijiste esto y esto al cura que te confesó?

La mujer dijo:
–No que te lo hubiera contado sino que hubieras estado presente parece; pero sí que se lo dije.
–Pues dime –dijo el celoso–, quién es ese cura y pronto.
La mujer se echó a reír y dijo:
–Me agrada mucho cuando a un hombre sabio lo lleva una mujer simple como se lleva a un borrego por los cuernos al matadero; aunque tú no eres sabio ni lo fuiste desde aquel momento en que dejaste entrar en el pecho al maligno espíritu de los celos sin saber por qué; y cuanto más tonto y animal eres mi gloria es menor. ¿Crees tú, marido mío, que soy ciega de los ojos de la cara como tú lo eres de los de la mente? Cierto que no; y mirando supe quién fue el cura que me confesó y sé que fuiste tú; pero me propuse darte lo que andabas buscando y te lo di. Pero si hubieses sido sabio como crees, no habrías de aquella manera intentado saber los secretos de tu honrada mujer, y sin sentir vanas sospechas te habrías dado cuenta de que lo que te confesaba era la verdad sin que en ella hubiera nada de pecado. Te dije que amaba a un cura; ¿y no eras tú, a quien equivocadamente amo, cura? Te dije que ninguna puerta de mi casa podía estar cerrada cuando quería acostarse conmigo; ¿y qué puerta te ha resistido alguna vez en tu casa donde allí donde yo estuviera has querido venir? Te dije que el cura se acostaba conmigo todas las noches; ¿y cuándo ha sido que no te acostases conmigo? Y cuantas veces me mandaste a tu monaguillo, tantas sabes, cuantas no estuviste conmigo, te mandé a decir que el cura no había estado. ¿Qué otro desmemoriado sino tú, que por los celos te has dejado cegar, no habría entendido estas cosas? ¡Y te has estado en casa vigilando la puerta y crees que me has convencido de que te has ido fuera a cenar y a dormir! ¡Vuelve en ti ya y hazte hombre como solías ser y no hagas hacer burla de ti a quien conoce tus costumbres como yo, y deja esa severa guarda que haces, que te juro por Dios que si me vinieran ganas de ponerte los cuernos, si tuvieras cien ojos en vez de dos, me daría el gusto de hacer lo que quisiera, de guisa que tú no te enterarías!
El desdichado celoso, a quien le parecía haberse enterado muy astutamente del secreto de la mujer, al oír esto se tuvo por burlado; y sin responder nada tuvo a la mujer por sabia y por buena, y cuando tenía que ser celoso se despojó de los celos, así como se los había vestido cuando no tenía necesidad de ellos. Por lo que la discreta mujer, casi con licencia para hacer su gusto, sin hacer venir a su amante por el tejado como los gatos sino por la puerta, discretamente obrando luego, muchas veces se dio con él buenos ratos y alegre vida.



NOVELA SEXTA

Doble estratagema

Doña Isabela, estando con Leonetto, es visitada y amada por un tal Lambertuccio, es visitada por éste, y vuelve su marido y entonces ella saca de su casa al tal Lambertuccio, puñal en mano, y su marido acompaña luego a Leonetto.

Maravillosamente había agradado a todos la novela de Fiameta, afirmando cada uno que la mujer había obrado óptimamente y hecho lo que convenía a aquel animal de hombre. Pero luego de que hubo terminado, el rey a Pampínea ordenó que siguiese; la cual comenzó a decir:

–Son muchos quienes, hablando como simples, dicen que Amor le quita a uno el juicio y que a los que aman hace aturdidos. Necia opinión me parece; y bastante las ya dichas cosas lo han mostrado, y yo intento mostrarlo también.

En nuestra ciudad, copiosa en todos los bienes, hubo una señora joven y noble y muy hermosa, la cual fue mujer de un caballero muy valeroso y de bien. Y como muchas veces ocurre que siempre el hombre no puede usar una comida sino que a veces desea variar, no satisfaciendo a esta señora mucho su marido, se enamoró de un joven que Leonetto era llamado, muy amable y cortés, aunque no fuese de gran nacimiento, y él del mismo modo se enamoró de ella: y como sabéis que raras veces queda sin efecto lo que las dos partes quieren, en dar a su amor cumplimiento no se interpuso mucho tiempo. Ahora, sucedió que, siendo esta mujer hermosa y amable, de ella se enamoró mucho un caballero llamado micer Lambertuccio, al cual ella, porque hombre desagradable y cargante le parecía, por nada del mundo podía disponerse a amarlo; pero solicitándola él mucho con embajadas y no valiéndole, siendo hombre poderoso, la mandó amenazar con difamarla si no hacía su gusto, por la cual cosa la señora, temiéndolo y sabiendo cómo era, se plegó a hacer su deseo. Y habiendo la señora (que doña Isabela tenía por nombre) ido, como es costumbre nuestra en verano, a estarse en una hermosísima tierra suya en el campo, sucedió, habiendo su marido ido a caballo a algún lugar para quedarse algún día, que mandó ella a por Leonetto para que viniese a estar con ella; el cual, contentísimo, fue incontinenti. Micer Lambertuccio, oyendo que el marido de la señora se había ido fuera, solo, montando a caballo, se fue a donde ella estaba y llamó a la puerta. La criada de la señora, al verlo, se fue incontinenti a ella, que estaba en la alcoba con Leonetto y, llamándola, le dijo:

–Señora, micer Lambertuccio está ahí abajo él solo.

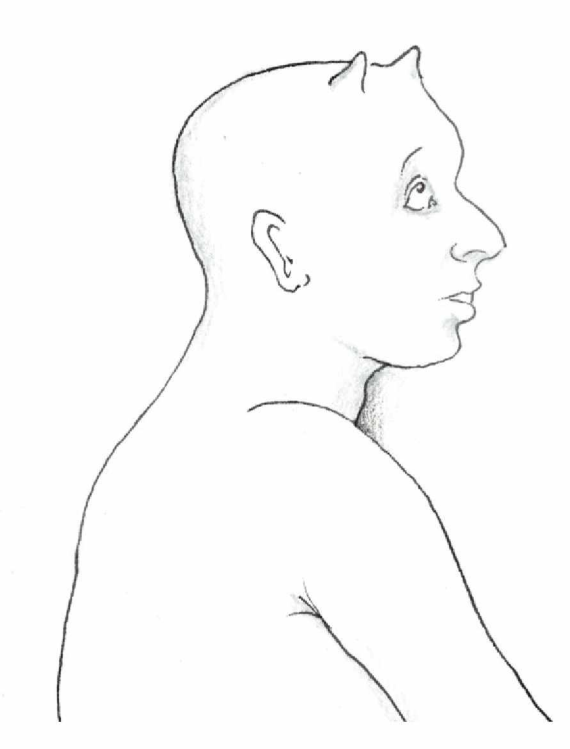
La señora, al oír esto, fue la más doliente mujer del mundo; pero temiéndole mucho, rogó a Leonetto que no le fuera enojoso esconderse un rato tras la cortina de la cama hasta que micer Lambertuccio se fuese.

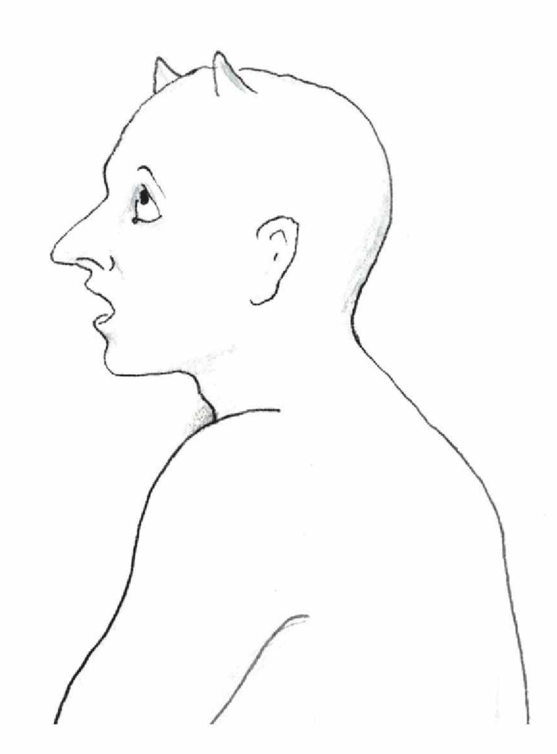
Leonetto, que no menor miedo de él tenía de lo que tenía la señora, allí se escondió; y ella mandó a la criada que fuese a abrir a micer Lambertuccio; la cual, abriéndole y descabalgando él de su palafrén y atado éste allí a un gancho, subió arriba.

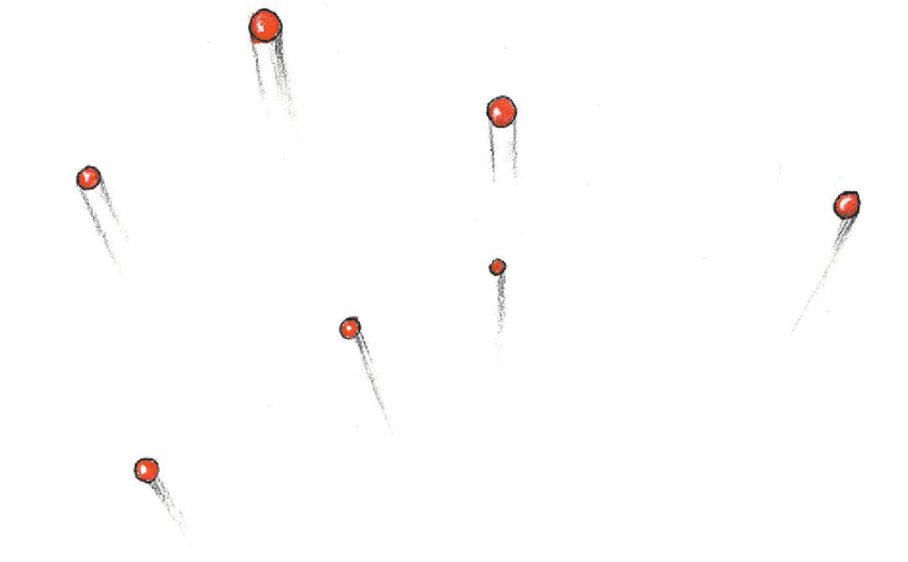
La señora, poniendo buena cara y viniendo hasta lo alto de la escalera, lo más alegremente que pudo le recibió con palabras y le preguntó qué andaba haciendo. El caballero, abrazándola y besándola, le dijo:

–Alma mía, oí que vuestro marido no estaba, así que me he venido a estar un tanto con ella.
Y luego de estas palabras, entrando en la alcoba y cerrando por dentro, comenzó micer Lambertuccio a solazarse con ella.
Y estando así con ella, completamente fuera de los cálculos de la señora, sucedió que su marido volvió: el cual, cuando la criada lo vio junto a la casa, corrió súbitamente a la alcoba de la señora y dijo:
–Señora, aquí está el señor que vuelve: creo que está ya en el patio.
La mujer, al oír esto y al pensar que tenía dos hombres en casa (y sabía que el caballero no podía esconderse porque su palafrén estaba en el patio), se tuvo por muerta; sin embargo, arrojándose súbitamente de la cama, tomó un partido y dijo a micer Lambertuccio:
–Señor, si me queréis algo bien y queréis salvarme de la muerte, haced lo que os diga. Cogeréis en la mano vuestro puñal desnudo, y con mal gesto y todo enojado bajaréis la escalera y os iréis diciendo: «Voto a Dios que lo cogeré en otra parte»; y si mi marido quisiera reteneros u os preguntase algo, no digáis nada sino lo que os he dicho, y, montando a caballo, por ninguna razón os quedéis con él.
Micer Lambertuccio dijo que de buena gana; y sacando fuera el puñal, todo sofocado entre las fatigas pasadas y la ira sentida por la vuelta del caballero, como la señora le ordenó así hizo.
El marido de la señora, ya descabalgando en el patio, maravillándose del palafrén y queriendo subir arriba, vio a micer Lambertuccio bajar y asombróse de sus palabras y de su rostro y le dijo:
–¿Qué es esto, señor?
Micer Lambertuccio, poniendo el pie en el estribo y montándose encima, no dijo sino:
–Por el cuerpo de Dios, lo encontraré en otra parte.
Y se fue.
El gentilhombre, subiendo arriba, encontró a su mujer en lo alto de la escalera toda espantada y llena de miedo, a la cual dijo:
–¿Qué es esto? ¿A quién va micer Lambertuccio tan airado amenazando?
La mujer, acercándose a la alcoba para que Leonetto la oyese, repuso:
–Señor, nunca he tenido un miedo igual a éste. Aquí dentro entró huyendo un joven a quien no conozco y a quien micer Lambertuccio seguía con el puñal en la mano, y encontró por acaso esta alcoba abierta, y todo tembloroso dijo: «Señora, ayudadme por Dios, que no me maten en vuestros brazos». Yo me puse de pie de un salto y al querer preguntarle quién era y qué le pasaba, hete aquí micer Lambertuccio que venía subiendo diciendo: «¿Dónde estás, traidor?». Yo me puse delante de la puerta de la alcoba y, al querer entrar él, le detuve; en eso fue cortés que, como vio que no me placía que entrase aquí dentro, después de decir muchas palabras se bajó como lo visteis.
Dijo entonces el marido.
–Mujer, hicisteis bien; muy gran deshonra hubiera sido que hubiesen matado a alguien aquí dentro, y micer Lambertuccio hizo una gran villanía en seguir a nadie que se hubiera refugiado aquí dentro.
Luego preguntó dónde estaba aquel joven.
La mujer contestó:
–Señor, yo no sé dónde se haya escondido.
El caballero dijo:
–¿Dónde estás? Sal con confianza.
Leonetto, que todo lo había oído, todo miedoso como quien miedo había pasado de verdad, salió fuera del lugar donde se había escondido.
Dijo entonces el caballero:

–¿Qué tienes tú que ver con micer Lambertuccio?
El joven repuso:
–Señor, nada del mundo; y por ello creo firmemente que no esté en su juicio o que me haya tomado por otro, porque en cuanto me vio no lejos de esta casa, en la calle, echó mano al puñal y dijo: «Traidor, ¡muerto eres!». Yo no me puse a preguntarle que por qué razón sino que comencé a huir cuanto pude y me vine aquí, donde, gracias a Dios y a esta noble señora, me he salvado.
Dijo entonces el caballero:
–Pues anda, no tengas ningún miedo; te pondré en tu casa sano y salvo, y luego entérate bien de lo que tienes que ver con él.
Y en cuanto hubieron cenado, haciéndole montar a caballo, se lo llevó a Florencia y lo dejó en su casa; el cual, según las instrucciones recibidas de la señora, aquella misma noche habló con micer Lambertuccio ocultamente y con él se puso de acuerdo de tal manera que, por mucho que se hablase de aquello después, nunca por ello se enteró el caballero de la burla que le había hecho su mujer.







NOVELA SEPTIMA

Cornudo y golpeado

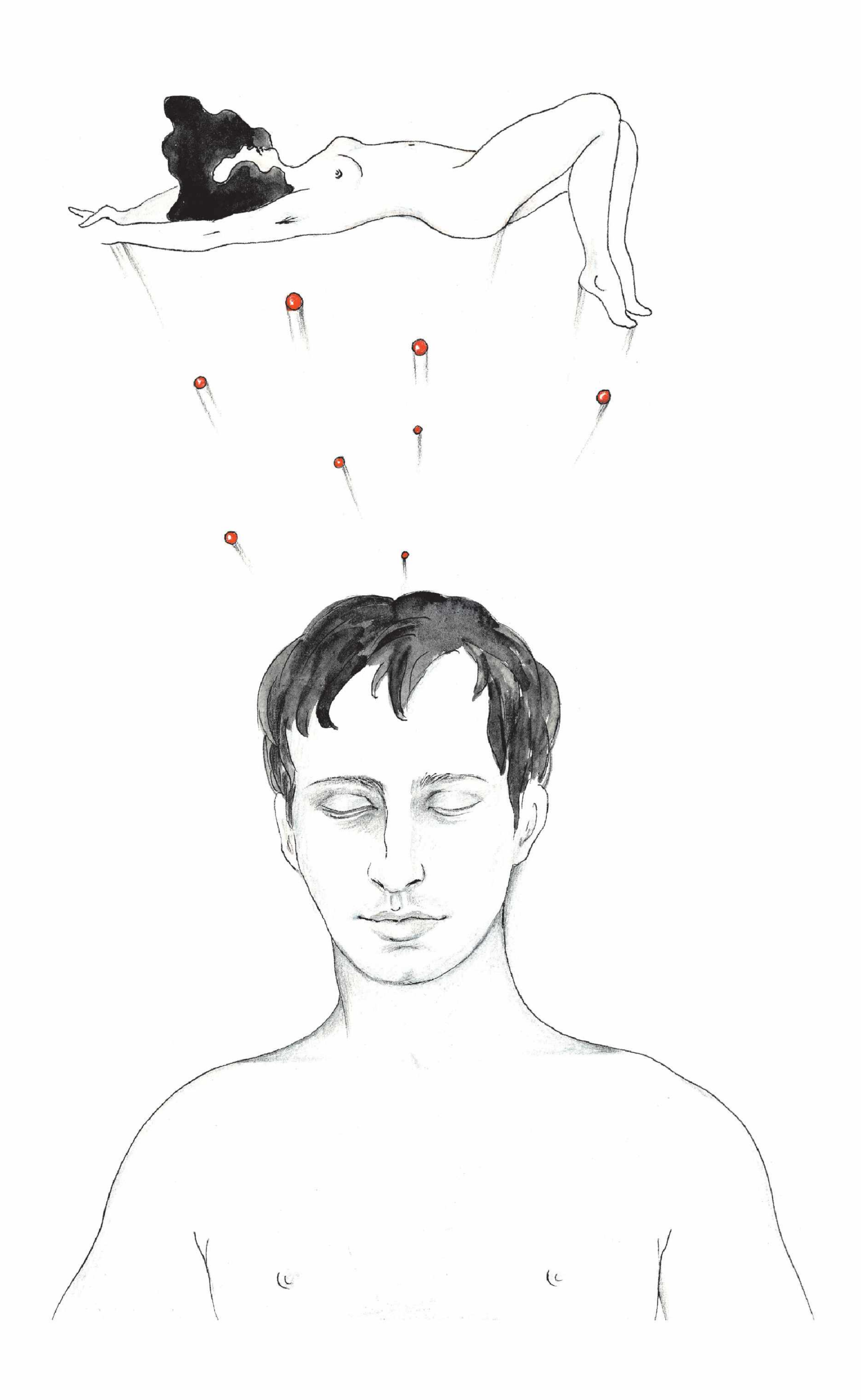
Ludovico descubre a doña Beatriz el amor que le tiene, la cual manda a Egano, su marido, a un jardín vestido como ella y se acuesta con Ludovico; el cual, luego, levantándose, va y apalea a Egano en el jardín.

Esta invención de doña Isabela contada por Pampínea fue por todos los de la compañía tenida por maravillosa; pero Filomena, a quien el rey había ordenado que siguiese, dijo:

–Amorosas señoras, si no estoy engañada, creo que contaré una no menos buena, y prestamente. Debéis saber que en París vivió un hombre noble florentino, el cual, por su pobreza, se había hecho mercader, y le había ido tan bien con el comercio que se había hecho en él riquísimo; y tenía de su mujer un solo hijo al que había llamado Ludovico. Y para que a la nobleza del padre y no al comercio saliese, no lo había el padre querido poner en ningún negocio sino que lo había puesto con otros hombres nobles al servicio del rey de Francia, donde muchas buenas maneras y buenas cosas había aprendido. Y estando allí, sucedió que ciertos caballeros que volvían del Sepulcro, mezclándose en una conversación de los jóvenes entre los que estaba Ludovico, y oyéndolos razonar entre sí sobre las damas hermosas de Francia y de Inglaterra y de otras partes del mundo, comenzó uno de ellos a decir que ciertamente de cuanto mundo él había recorrido y de cuantas mujeres había visto, nunca una hermosura semejante a la mujer de Egano de los Galluzzi de Bolonia, llamada doña Beatriz, había visto; en lo que todos sus compañeros que junto con él la habían visto en Bolonia, concordaron, 1a cual cosa escuchando Ludovico, que todavía no se había enamorado de ninguna, se inflamó en tanto deseo de verla que en otra cosa no podía fijar el pensamiento; y del todo dispuesto a ir hasta Bolonia a verla, y allí quedarse si a ella le placía, dio a entender a su padre que quería ir al Sepulcro, lo que consiguió con gran dificultad. Poniéndose, pues, de nombre Aniquino, llegó a Bolonia, y como quiso la fortuna, al día siguiente vio a esta señora en una fiesta, y con mucho le pareció más hermosa de lo que pensado había; por lo que, enamorándose ardentísimamente de ella, se propuso no irse nunca de Bolonia si no conseguía su amor. Y pensando en qué camino debía seguir para ello, dejando cualquier otro decidió que, si pudiera hacerse criado del marido de ella, que tenía muchos, por acaso podría sucederle lo que deseaba. Vendidos, pues, sus caballos, y colocados sus criados de manera que estaban bien, habiéndoles ordenado que fingiesen no conocerlo, habiendo hecho amistad con su posadero, le dijo que de buena gana entraría como servidor de algún señor de bien, si alguno pudiese encontrar; al cual dijo el posadero:

–Tú eres propiamente un sirviente que debía de ser muy apreciado por un hombre noble de esta tierra que tiene por nombre Egano, el cual tiene muchos, y todos los quiere aparentes como eres tú; yo le hablaré de ello. Y como dijo, así lo hizo; y antes que se separase de Egano, hubo colocado con él a Aniquino, el cual le agradó lo más que podía ser. Y viviendo con Egano y teniendo oportunidades de ver con mucha frecuencia a su gobierno, tan bien y tan de grado comenzó a ser-

vir a Egano que éste le tomó tanto amor que sin él no sabía hacer ninguna cosa; y no solamente de sí sino de todas las cosas le había encomendado el gobierno.
Sucedió un día que, habiendo ido Egano de cetrería y quedándose Aniquino en casa, doña Beatriz, que de su amor no se había apercibido todavía por mucho que para sí misma, mirándole a él y a sus maneras, muchas veces le había elogiado y le agradase, se puso con él a jugar al ajedrez; y Aniquino, que agradarle deseaba, muy diestramente se dejaba vencer; de lo que la señora hacía maravillosas fiestas. Y habiéndose apartado de mirarlos jugar todas las damas de la señora y dejándolos jugando solos, Aniquino lanzó un grandísimo suspiro.
La señora, mirándolo, dijo:
–¿Qué tienes, Aniquino? ¿Tanto te duele que te venza?
–Señora –repuso Aniquino–, mucho mayor cosa que lo es ésta fue la razón de mi suspiro.
Dijo entonces la señora:
–¡Ah! Dímela, si me quieres bien.
Cuando Aniquino se oyó rogar «si la quería bien» por quien sobre todas las cosas amaba, lanzó uno mucho mayor de lo que lo había sido el primero; por lo que la señora otra vez le rogó que le pluguiese decirle cuál era la razón de sus suspiros.
A quien Aniquino dijo:
–Señora, mucho temo que os sea molesta si os la digo y además temo que la digáis a otra persona.
A quien la señora dijo:
–Por cierto que no me será enojoso; y estate seguro de esto, que nada que tú me digas, sino cuando te plazca, le diré a nadie nunca.
Entonces dijo Aniquino:
–Puesto que así me lo prometéis, os lo diré.
Y con las lágrimas en los ojos le dijo quién era él, lo que de ella había oído y dónde, y cómo de ella se había enamorado y cómo venido, y por qué había entrado como servidor del marido; y luego, humildemente le rogó que si podía ser le pluguiera tener piedad de él y complacerle en este su secreto y tan ferviente deseo; y que, si esto no quería hacer, que, dejándolo estar en el traje en que estaba, le permitiese amarla. ¡Oh, singular dulzura de la sangre boloñesa, que digna de alabanza has sido siempre en tales casos! Nunca te enorgulleciste de las lágrimas y los suspiros y continuamente has sido sensible a las súplicas, y a los amorosos deseos doblegable; si yo tuviera dignas loas para alabarte, nunca saciada se vería mi voz. La noble señora, al hablar Aniquino, le miraba; y dando plena fe a sus palabras, con tanta fuerza recibió por sus ruegos el amor en la mente, que también ella comenzó a suspirar, y luego de algún suspiro repuso:
–Dulce Aniquino mío, ten buen ánimo: ni dones ni promesas ni cortejar de nobles ni de señor alguno ni de ningún otro (que he sido y soy cortejada por muchos) nunca pudo mover mi ánimo tanto que amase a alguno; pero tú en tan poco tiempo como han durado tus palabras me has hecho más tuya que lo soy mía. Juzgo que óptimamente has ganado mi amor, y por ello te lo doy y te prometo que te haré gozar de él antes de que termine esta noche que viene. Y para que esto tenga lugar, hacia la medianoche vendrás a mi alcoba; yo dejaré la puerta abierta; sabes de qué lado de la cama duermo yo; vendrás allí y si durmiere, tócame hasta que me despierte, y te



consolaré de tan largo deseo como has sentido; y para que lo creas quiero darte un beso en prenda.
Y echándole un brazo al cuello, amorosamente lo besó, y Aniquino a ella. Dichas estas cosas, Aniquino, dejando a la señora, se fue a hacer algunas de sus obligaciones, esperando con la mayor alegría del mundo que llegase la noche. Egano volvió de la caza, y cuando hubo cenado, como estaba cansado se fue a dormir, y la señora tras él; y como había prometido dejó la puerta de la alcoba abierta; a la cual, a la hora que le había sido dicha, vino Aniquino y calladamente entrando en la alcoba y volviendo a cerrar la puerta por dentro, del lado donde dormía la señora se fue, y poniéndole la mano en el pecho la encontró que no dormía. La cual, como sintió llegar a Aniquino, tomando su mano con las dos suyas y sujetándolo fuerte, dándose vueltas en la cama tanto hizo que despertó a Egano que dormía; al cual dijo:
–No quise decirte nada anoche porque me pareciste cansado; pero dime, así te guarde Dios, Egano, ¿a cuál tienes tú por el mejor criado y el más leal, y quién amas más, de los que tienes en casa?
Repuso Egano:
–¿Qué es eso, mujer, qué me preguntas? ¿No lo sabes? No hay ni ha habido nunca ninguno de quien tanto me fiase o me fíe o ame, cuanto me fío y amo a Aniquino. Pero, ¿por qué me lo preguntas?
Aniquino, sintiendo despierto a Egano y oyendo hablar de él, había muchas veces tirado de la mano hacia sí para irse, temiendo mucho que la señora quisiese engañarle; pero ésta lo había sujetado y lo sujetaba de manera que no había podido alejarse ni podía.
La señora repuso a Egano, y dijo:
–Yo te lo diré. Yo creía que era que fuese como tú dices y que más fiel que ninguno otro te fuera; pero me ha engañado, porque cuando te fuiste hoy de cetrería, él se quedó aquí, y cuando le pareció oportuno no se avergonzó de pedirme que consintiera en hacer su gusto; y yo, para que esta cosa no necesitase probarte con demasiadas pruebas, y para hacértelo tocar y ver, repuse que me parecía bien y que esta noche, pasada la medianoche, iré al jardín nuestro y le esperaré al pie del pino. Ahora, en cuanto a mí yo no entiendo ir allí, pero si tienes ganas de conocer la fidelidad de tu criado, puedes fácilmente, poniéndote encima una de mis sayas y en la cabeza un velo, ir allá abajo a esperar si viene, que estoy segura de que sí.
Egano, oyendo esto, dijo:
–Por cierto que conviene que lo vea.
Y levantándose como mejor pudo en la oscuridad, se puso una saya de la señora en la cabeza, y se fue al jardín y al pie de un pino se puso a esperar a Aniquino. La señora, como lo sintió levantado y fuera de la alcoba, se levantó y cerró la puerta por dentro. Aniquino, que el mayor miedo que nunca

había sentido sintió, y que cuanto podía se había esforzado en salir de las manos de la señora y cien mil veces a ella y a su amor y a sí mismo, que confiado se había, había maldito, oyendo lo que al final había hecho, fue el hombre más feliz que nunca hubo; y habiendo la señora vuelto a la cama, como quiso ella, como ella se desnudó, y juntos se solazaron y disfrutaron por buen espacio de tiempo.
Luego, no pareciendo a la señora que Aniquino debiese quedarse más, lo hizo levantarse y volver a vestirse, y así le dijo:
–Dulces labios míos, coge un buen bastón y vete al jardín, y fingiendo haberme requerido para tentarme, como si fuese yo misma, dirás insultos a Egano y me lo sacudirás bien con el bastón, porque de ello se seguirá luego maravilloso deleite y placer.
Levantándose Aniquino y yendo al jardín con una vara de sauce en la mano, cuando llegó junto al pino y Egano lo vio venir, y levantándose como si quisiese recibirlo con grandísima fiesta, le salió al encuentro; al cual dijo Aniquino:
–¡Ay, mala mujer, así que has venido! ¿Y has creído que yo quisiera o quiero a mi señor hacerle esta afrenta? ¡Seas mil veces mal venida!
Y alzando el bastón, comenzó a sacudirlo.
Egano, al oír esto y ver el bastón, sin decir palabra comenzó a huir, y tras él Aniquino, siempre diciendo:
–Fuera, que Dios te dé malahora, mala mujer, que por cierto que mañana se lo diré a Egano.
Egano, habiendo recibido dos de las buenas, lo antes que pudo se volvió a la alcoba; al cual preguntó la señora si Aniquino había venido al jardín.
Egano dijo:
–Así no hubiera ido, porque creyendo que eras tú me ha molido con un bastón y dicho las mayores injurias que nunca se han dicho a una mala mujer. Y así yo me maravillaba mucho de que él te hubiese dicho aquellas palabras con ánimo de hacer algo que fuese en vergüenza mía; sino que porque te vio tan alegre y cordial, quiso probarte.
–Entonces –dijo la señora–, alabado sea Dios porque a mí me ha probado con palabras y a ti con obras; y creo que podría decir que yo soporto con más paciencia las palabras que tú las obras. Mas puesto que tal lealtad te tiene, hay que tenerlo en estima y honrarle.
Egano dijo:
–Por cierto que dices la verdad.
Y basándose en aquello, era de la opinión de que tenía la mujer más leal y el más fiel servidor que nunca había tenido un noble; por la cual cosa, como luego muchas veces con Aniquino, éste y la señora riesen de este hecho, Aniquino y la señora tuvieron mucha más facilidad de la que por ventura habrían tenido para hacer aquello que les daba deleite y placer mientras que a Aniquino le plugo quedarse con Egano en Bolonia.

NOVELA OCTAVA

La mujer astuta

Uno siente celos de la mujer, y ella, atándose una cuerda a un dedo por la noche, siente llegar a su amante, el marido se da cuenta y, mientras persigue al amante, la mujer pone en el lugar suyo en la cama a otra mujer, a quien el marido pega y corta las trenzas, y luego va a buscar a sus hermanos; los cuales, encontrando que aquello no era verdad, lo injurian.

Extrañamente maliciosa parecía a todos que doña Beatriz había sido al burlarse de su marido y todos afirmaban que el miedo de Aniquino debía de haber sido muy grande cuando, sujetándolo fuertemente la señora, la oyó decir que él la había requerido de amores.

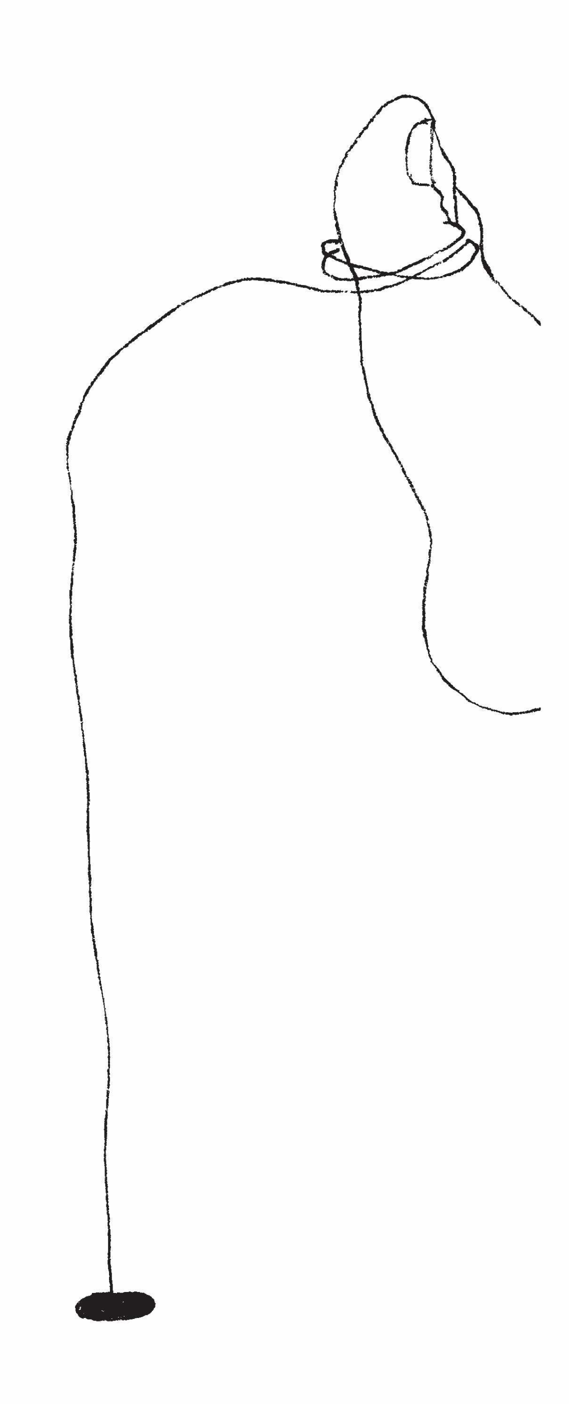
Pero luego de que el rey vio callarse a Filomena, volviéndose hacia Neifile, dijo:

–Decid vos.

La cual, sonriendo primero un poco, comenzó:

–Hermosas señoras, gran peso me incumbe si quiero con una buena historia daros gusto como os lo han dado aquellas que antes han hablado; del cual, con la ayuda de Dios, espero descargarme asaz bien. Debéis, pues, saber que en nuestra ciudad hubo un riquísimo mercader llamado Arriguccio Berfinghieri, el cual neciamente, tal como ahora hacen cada día los mercaderes, pensó ennoblecerse por su mujer y tomó a una joven señora noble (que mal le convenía) cuyo nombre fue doña Sismonda. La cual, porque él tal como hacen los mercaderes andaba mucho de viaje y poco estaba con ella, se enamoró de un joven llamado Roberto que largamente la había cortejado; y habiendo llegado a tener intimidad con él, y teniéndola menos discretamente porque sumamente le deleitaba, sucedió (o porque Arriguccio oyese algo o como quiera que fuese) que se hizo el hombre más celoso del mundo y dejó de ir de viaje y todos sus demás negocios, y toda su solicitud la había puesto en guardar bien a aquélla, y nunca se hubiera dormido si no la hubiese sentido antes meterse en la cama; por la cual cosa la mujer sintió grandísimo dolor, porque de ninguna guisa podía estar con su Roberto. Pero habiendo dedicado muchos pensamientos a encontrar algún modo de estar con él, y siendo también muy solicitada por él, le vino el pensamiento de hacer de esta manera: que, como fuese que su alcoba daba a la calle y ella se había dado cuenta muchas veces de que a Arriguccio le costaba mucho dormirse, pero que después dormía profundísimamente, ideó hacer venir a Roberto a la puerta de su casa a medianoche e ir a abrirle y estarse con él mientras su marido dormía profundamente. Y para sentir ella cuándo llegaba de guisa que nadie se apercibiese, inventó echar una cuerdecita fuera de la ventana de la alcoba que por uno de los extremos llegase cerca del suelo, y el otro extremo bajarlo hasta el pavimento y llevarlo hasta su cama, y meterlo bajo las ropas, y cuando ella estuviese en la cama atárselo al dedo gordo del pie; y luego, mandando decir esto a Roberto, le ordenó que, cuando viniera, tirase de la cuerda y ella, si su marido durmiese, lo soltaría e iría a abrirle, y si no durmiese, lo cogería y lo tiraría hacia sí, a fin de que él no esperase. La cual cosa plugo a Roberto; y habiendo ido muchas veces, alguna le sucedió estar con ella y alguna no.

Por último, continuando con este artificio de esa manera, sucedió una noche que, durmiendo la señora, y estirando Arriguccio el pie por la cama, dio con este cordel; por lo que, llevando a él la mano y encontrándolo atado al pie de su mujer, se dijo a sí mismo: «Por cierto que esto debe ser algún engaño».



Y dándose cuenta luego de que el cordel salía por la ventana lo tuvo por cierto; por lo que cortándolo quedamente del dedo de la mujer, lo ató al suyo, y estuvo atento para ver qué quería decir esto. No mucho después vino Roberto, y tirando del cordel como acostumbraba, Arriguccio lo sintió; y no habiendo sabido atárselo bien, y habiendo Roberto tirado fuertemente y habiéndose quedado con el cordel en la mano, entendió que debía esperar; y así hizo.

Arriguccio, levantándose prestamente y cogiendo sus armas, corrió a la puerta para ver quién era aquél y para hacerle daño. Ahora, Arriguccio era, aunque fuese mercader, un hombre fiero y fuerte; y llegado a la puerta, y no abriéndola suavemente como solía hacer la mujer, y Roberto, que esperaba, sintiéndolo, se dio cuenta que era quien era, es decir, que quien abría la puerta era Arriguccio; por lo que prestamente comenzó a huir y Arriguccio a perseguirlo. Hasta que por fin habiendo Roberto huido un gran trecho y no cesando él de seguirlo, estando también Roberto armado, sacó la espada y se volvió hacia él, y comenzaron el uno a querer herir al otro y a defenderse.

La mujer, al abrir Arriguccio la alcoba, desvelándose y encontrándose cortado el cordel del dedo, incontinenti se dio cuenta de que su engaño estaba descubierto; y sintiendo que Arriguccio había corrido tras de Roberto, levantándose prestamente, dándose cuenta de lo que podía suceder, llamó a su criada, la cual sabía todo, y tanto le rogó que la puso en su lugar en la cama, rogándole que, sin darse a conocer, los golpes que le diera Arriguccio recibiese pacientemente porque ella se los devolvería con tamaña recompensa que no tendría razón de quejarse.

Y apagada la luz que en la alcoba ardía, se fue de allí y, escondida en un lugar de la casa, se puso a esperar lo que iba a suceder. Siguiendo la riña entre Arriguccio y Roberto, los vecinos del barrio, sintiéndola y levantándose, comenzaron a insultarlos, y Arriguccio, por temor a ser reconocido, sin haber podido saber quién fuese el joven ni herirlo de alguna manera, airado y de mal talante, dejándolo en paz, se fue hacia su casa; y llegando a la alcoba, airadamente comenzó a decir:

–¿Dónde estás, mala mujer? ¡Has apagado la luz para que no te encuentre, pero te equivocas!

Y yendo a la cama, creyendo coger a la mujer, cogió a la criada, y cuando pudo menear las manos y los pies tantos puñetazos y tantas patadas le dio que le marcó toda la cara, y por último le cortó los cabellos, diciéndole siempre las mayores injurias que jamás se han dicho a una mala mujer. La criada lloraba mucho como quien tenía de qué, y aunque alguna vez dijese: «¡Ay! ¡Por el amor de Dios!» o «¡Basta!», estaba la voz tan rota por el llanto y Arriguccio tan ciego de furor que no podía distinguir que aquélla fuese de otra mujer que la suya.

Apaleándola, pues, con todo derecho y cortándole los cabellos, como decimos, dijo:

–Mala mujer, no entiendo tocarte de otro modo, sino que iré por tus hermanos y les contaré tus buenas obras; y luego que vengan por ti y que hagan lo que crean que corresponde a su honor y te lleven de aquí, que en esta casa ten por cierto que no estarás nunca más.

Y dicho esto, saliendo de la alcoba, la cerró por fuera y se fue él solo. Cuando doña Sismonda, que todo había oído, sintió que el marido se había ido, abrió la alcoba y, encendida la luz, encontró a su criada toda machacada que lloraba fuertemente; a la cual, como mejor pudo la consoló y la llevó a su alcoba, donde después ocultamente haciéndola cuidar y curar, tanto con lo de Arriguccio mismo la recompensó que ella se tuvo por contenta. Y cuando a la criada hubo llevado a su alcoba, rápidamente hizo la cama de la suya y la arregló toda y la puso en orden, como si ninguna persona se hubiera acostado allí esa noche, y volvió a encender la lámpara, y se vistió y arregló, como si todavía no se hubiese acostado; y encendiendo un candil y tomando sus telas, se fue a sentar arriba de la escalera y se puso a coser y a esperar en qué paraba aquello.

Arriguccio, al salir de su casa, lo antes que pudo se fue a la casa de los hermanos de la mujer, y allí tantos golpes dio que le sintieron y le abrieron. Los hermanos de la mujer, que eran tres, y su madre, sintiendo que era Arriguccio se levantaron todos, y haciendo encender las luces vinieron a su encuentro y le